

LAS RONDAS DE MUJERES AGRICULTORAS EN LA PLATA. SISTEMATIZACIÓN DE UNA EXPERIENCIA DE FEMINISMO Y EDUCACIÓN POPULAR

Women farmers' rounds in La Plata. Systematization of an experience of feminism and popular education

LUCÍA M. CONDENANZA GIULIANO* Y MARÍA EUGENIA AMBORT**

Recibido
28|02|20

Aceptado
28|07|20

Acciones
extensionistas

RESUMEN

En este artículo compartimos una experiencia que se desarrolló durante los años 2017, 2018 y 2019 en el territorio periurbano del gran La Plata (provincia de Buenos Aires), entre productoras hortícolas organizadas en el Movimiento de Trabajadores Excluidos (MTE) - Rama Rural y militantes de una organización feminista. Con los objetivos de brindar acompañamiento a mujeres en situación de violencia y de poner en discusión las desigualdades de género en el ámbito rural se inició una articulación que, desde la militancia territorial y la extensión universitaria, daría lugar a una serie de propuestas y aprendizajes, enmarcados en la construcción de feminismo popular. La síntesis de estos encuentros se dio en el espacio llamado “rondas de mujeres”. En primer lugar, presentamos brevemente las perspectivas teóricas que encuadran el trabajo. Luego contamos quiénes son las participantes de estas rondas y describimos la experiencia: en qué consisten, con qué herramientas y metodologías se desarrollan y qué características tiene el rol de la coordinación. Por último, nos preguntamos qué avances percibimos y qué desafíos se presentan habiendo transitado tres años de articulación comunitaria sostenida.

Palabras clave: feminismos, educación popular, agricultura familiar.

* Lic. en Ciencias de la Educación (UNLP), docente en Didáctica de las Ciencias Sociales en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, directora del proyecto de extensión “Aportes desde la perspectiva de géneros y el feminismo popular para el desarrollo político-comunitario en contextos productivos de la economía popular en La Plata y Berisso” (Res. 816/2019, FaHCE-UNLP). Correo electrónico: luciacondenanza@yahoo.com.ar

** Lic. en Sociología (UNLP), Magíster en Estudios Sociales Agrarios (FLACSO), becaria doctoral del CONICET con lugar de trabajo en el CIMECS-IdIHCS (UNLP). Estudia temas relacionados a la sociología rural, en particular las relaciones de género en la agricultura familiar. Militante del MTE-Rural. Correo electrónico: maruambort@gmail.com

ABSTRACT

In this article we share an experience developed during 2017, 2018, and 2019 in the margins of La Plata (province of Buenos Aires), among horticultural farmers organized in the Movement of Excluded Workers (Movimiento de Trabajadores Excluidos; MTE) - Rural branch and activists of a feminist organization. With the aim of providing support to women in situations of violence and discussing gender inequalities in rural areas, coordinated activities between territorial militancy and university outreach task forces led to learnings and proposals framed within the construction of popular feminism. These exchanges were discussed and summarized in a space called “women's rounds”. In this report, we first present the theoretical perspectives that frame our work. Then we introduce the participants of these rounds and describe their collective experiences, addressing also the tools and methodologies employed and the role played by the coordinating team. Finally, we reflect about perceived progress and identify key challenges that emerged over three years of sustained community articulation.

Key words: feminism, popular education, family agriculture.

Introducción

En este escrito compartimos una experiencia que se desarrolló durante los años 2017, 2018 y 2019 en el territorio periurbano platense, entre productoras hortícolas organizadas en el Movimiento de Trabajadores Excluidos (MTE) - Rama Rural y militantes de una organización feminista. Con los objetivos de brindar acompañamiento a mujeres en situación de violencia y de poner en discusión las desigualdades de género en el sector rural se inició una articulación que daría lugar a otras propuestas y aprendizajes que intentaremos sintetizar a continuación.

El texto que presentamos sintetiza -por un lado- el Informe Final del Proyecto de Extensión “Aportes desde la perspectiva de géneros y el feminismo popular para el desarrollo político-comunitario en contextos productivos de la economía popular en La Plata y Berisso”, aprobado y financiado por la Secretaría de Extensión de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP; por otro lado, la sistematización de la experiencia realizada también con María Celeste Cabral, que fue publicada en el capítulo “Un tiempo para nosotras. Las rondas de mujeres agricultoras en La Plata” del libro *Territorios Feministas. Experiencias, diálogos y debates desde el feminismo popular* (2019), editado por la Colectiva Feminista Mala Junta y la editorial Batalla de Ideas. En primer lugar, sintetizamos las perspectivas teóricas que encuadran el trabajo. Luego describimos la experiencia de las rondas: contamos quiénes participan, en qué consisten, con qué herramientas y metodologías se desarrollan y qué características tiene el rol de la coordinación. Por último, nos preguntamos qué avances percibimos y qué desafíos se presentan.

Perspectivas teóricas

El encuadre de trabajo se construyó a partir de dos conocidas experiencias de base: los círculos de autoconciencia feminista y los círculos de cultura y educación popular de inspiración freireana. A su vez, consideramos algunas orientaciones provenientes del feminismo popular.

Los círculos de autoconciencia feminista se trataban en sus orígenes (Estados Unidos, años '60) de una práctica de análisis colectivo, a partir de compartir relatos en grupo de las formas en que cada mujer sentía y experimentaba la opresión (Malo, 2004). Se proponían hacer una re-lectura política de la propia vida y pensar las bases para su transformación, revalorizando la voz y las experiencias de un grupo inferiorizado y humillado sistemáticamente a lo largo de la historia. Estos espacios fueron criticados por diversas razones, en especial por no ser “políticos”

sino terapéuticos y quedarse en lo “personal”: como respuesta, se propagó ya a fines de los años ‘60 la consigna “lo personal es político”, consigna que intentamos trabajar en nuestras organizaciones y en las rondas.

Por otra parte, pensamos la propuesta tomando de la Educación Popular la centralidad del diálogo de saberes y la circulación de la palabra (Freire, 1975). Partimos de reconocer la diversidad de saberes que aportamos las compañeras militantes, con un recorrido formativo en perspectivas feministas, y las compañeras productoras, con pocas preguntas en torno a las desigualdades de género. Proponer un diálogo es un ejercicio para ambas partes porque mientras que de un lado se puede caer fácilmente en la inercia de la explicación constante, del otro lado se puede plantear un rol pasivo de espera de propuestas y respuestas. Y decimos “ejercicio” porque, aunque es un principio de trabajo, su concreción requiere práctica y entrenamiento consciente, y se mejora mediante la reflexión colectiva frecuente.

El diálogo de saberes se apoya en la idea de “circulación de la palabra”, propia de la educación pensada como “círculo de cultura”, y se opone a la “cultura del silencio”, rasgo de la colonización y la dominación en América Latina (Carreño, 2009), y también del patriarcado. Uno de los productos más eficaces de esta cultura del silencio es la justificación determinista de las situaciones que padecemos como pueblo (“así son las cosas”, “siempre fue así”). Frente a esto, con la pregunta y la reflexión sobre las propias experiencias, la expresión y la voz propia, podemos ir generando un proceso en el que nos identifiquemos como sujetas constructoras de la realidad. En este sentido, los círculos de cultura asumen la circulación de la palabra como una forma de socialización y transformación cultural, en donde la disposición de los cuerpos en ronda ayuda a desjerarquizar e igualar las voces y saberes de esos encuentros, porque todas sabemos e ignoramos algo (Freire, 1992).

Por último, recuperamos del feminismo popular la inserción y diálogo de los feminismos con las organizaciones populares, que a su vez toma las experiencias de lucha de las indígenas, las negras, las madres y abuelas de Plaza de Mayo, la referencia del feminismo comunitario, entre otras (Korol, 2016). De acuerdo con Graciela Di Marco (2010), la base de estas articulaciones se conforma por las mujeres de los movimientos populares que atravesaron la práctica política argentina desde mediados de los noventa, y se fue consolidando con la participación en diferentes espacios de lucha y en especial en los Encuentros Nacionales de Mujeres.

Las productoras y el movimiento

La rama rural del Movimiento de Trabajadores Excluidos (MTE), que forma parte a nivel nacional de la Unión de Trabajadores de la Economía Popular (UTEPE), agrupa a agricultores/as familiares de todo el país. Surgió en 2014 para hacer frente colectivamente a problemáticas comunes, derivadas del abandono estatal y la completa desregulación del mercado inmobiliario (por el que acceden a la tierra) y de la comercialización de hortalizas. Actualmente, en el periurbano del gran La Plata donde se encuentra el cinturón verde más grande del país, el MTE reúne a 17 grupos de base organizados por zonas. Esta misma forma organizativa se replica en otras 18 provincias argentinas, donde los problemas de acceso a la tierra, de comercialización y de condiciones de vida en el campo son muy similares.

La mayor parte de los productores que integran el movimiento son campesines de origen boliviano, que llegaron a Argentina buscando mejores condiciones de vida y de trabajo y lograron insertarse en la producción hortícola a través de redes y contactos de familiares y paisanes¹. En La Plata, como en la mayoría de los cordones verdes productivos del país, la actividad se organiza mayoritariamente a través del trabajo familiar y de pequeña escala en tierras alquiladas, siendo el precio del alquiler una variable sujeta a la especulación inmobiliaria, sin políticas públicas que lo regulen. En general, cada familia alquila entre una y dos hectáreas para trabajar, y se ven obligadas a vivir en casillas precarias hechas de madera y plástico porque los contratos de arrendamiento no habilitan la edificación de casas de material en el terreno. Esta precariedad se extiende a otras esferas de la vida cotidiana, ya que por ejemplo, no cuentan con agua corriente (y la que extraen de pozos subterráneos, tanto para regar como para beber, no es potable), y en estas zonas periféricas la presencia estatal (municipal, provincial o nacional) es prácticamente nula: los caminos rurales son intransitables, no hay iluminación ni recolección de residuos, el transporte público tiene frecuencia insuficiente, los proveedores de alimentos, productos farmacéuticos y de limpieza se encuentran alejados, al igual que las instituciones de salud y educativas. Esto genera un aislamiento territorial de los productores, que se suma a una fuerte discriminación y racismo que puede verse en las situaciones de violencia institucional, violencia obstétrica y violencia escolar que han vivido en la ciudad.

¹ Se denomina paisanas a las personas provenientes del mismo pueblo o la misma región de Bolivia.

El trabajo hortícola y la triple jornada de las mujeres

La actividad hortícola se caracteriza por condiciones de precariedad e informalidad que atraviesan a toda la cadena productiva: no sólo está desregulada la forma en la que se produce -y por lo tanto los alimentos que consumimos-, sino que además los productores no tienen acceso a los derechos laborales básicos establecidos en nuestras leyes (García, 2015).

La jornada de trabajo es muy extensa, no baja de las 12 horas en invierno y llega a las 16 horas en verano, a pesar de las temperaturas extremas de cada estación. Si bien toda la familia está a disposición de la producción, existe un imaginario del varón jefe de familia como productor responsable de la quinta: el trabajo de mujeres, jóvenes y niñas es considerado en general como una “ayuda” o “colaboración”, y no es remunerado ni reconocido en la economía familiar (Ambort, 2019). La jornada de las mujeres incluye también el trabajo doméstico y de crianza, que son de su exclusiva responsabilidad en la mayoría de las familias. Mientras los hombres tienen un momento de descanso diario cuando entran a la casa, y un día libre a la semana –que suele ser los sábados cuando muchos se encuentran entre ellos para jugar al fútbol–, las mujeres quedan con las tareas domésticas y de cuidado de hijes a cargo (que incluye viajes al hospital por controles sanitarios, acompañamiento en tareas escolares, etc.). Esto es lo que se conoce como doble jornada de trabajo, y si consideramos las tareas militantes asumidas en el marco del Movimiento, podemos hablar de una triple jornada para las mujeres.

“Algo para nosotras”, el surgimiento de las rondas de mujeres

La extensa jornada laboral y el aislamiento de la vida en el campo hacen que las mujeres no cuenten con redes propias o vínculos más allá de otras mujeres de la familia, lo cual genera angustias y dificultad para pedir ayuda, sobre todo en casos de violencia intrafamiliar (Biaggi, Canevari y Tasso, 2007). Esto fue visualizado por militantes del Movimiento a partir de dos situaciones. Por un lado, la denuncia de una productora en el marco de un encuentro político nacional, que dio lugar a una intervención de acompañamiento y contención de la compañera por parte de la organización. Por otro lado, un poco antes (año 2016) un grupo de mujeres de la asamblea de Olmos propuso a una referenda del movimiento hacer “algo para ellas” mientras les niñas tomaban la merienda en la copa de leche que estaban empezando a organizar. En respuesta a estas dos situaciones, el MTE convocó a la colectiva feminista Mala Junta y comenzó a gestar una política de género que abarcaría distintos aspectos del funcionamiento de la

organización. Cabe señalar que de las autoras de este artículo, una integra el área de género del MTE y la otra forma parte de la colectiva mencionada.

En este contexto, a mediados de 2016, surge la posibilidad de hacer una “ronda de mujeres” en Olmos, pensada como espacio de encuentro de las mujeres de la asamblea, para compartir momentos de ocio y diversión y también para el autoconocimiento a partir del trabajo en taller sobre distintas temáticas. Lo primero que hicimos fue formarnos en conjunto las militantes de las dos organizaciones. Caracterizamos el territorio, el movimiento y los sujetos, y definimos algunos temas para abordar, estudiar y generar materiales de trabajo.

En esa primera experiencia fuimos rotando por distintas quintas de Olmos haciendo una ronda por mes, y participaron entre 6 y 15 mujeres en los distintos encuentros. Si bien alternar el lugar democratizaba los desplazamientos, también obstaculizaba la constancia de las participantes, dificultando la consolidación de un grupo que diera continuidad a los temas y talleres y se apropiara del espacio de la ronda. Igualmente hubo avances que pudieron verse en las iniciativas grupales que surgieron, como vender comida para tener un fondo común de dinero, organizar un bingo para juntar plata para ir al Encuentro Nacional de Mujeres (ENM) en Rosario y ayudar económicamente a una compañera en situación de violencia.

En 2017, ya se conformaron cuatro “rondas de mujeres”, de las que participaron alrededor de 60 productoras. Los encuentros empezaron a hacerse en las quintas de las compañeras (en general donde funcionan los merenderos de cada asamblea), los días sábado o domingo con una frecuencia semanal o quincenal según lo acordado en cada grupo. La coordinación de cada ronda quedó a cargo de un equipo integrado por militantes de las dos organizaciones, y donde fue posible se generó un sub-equipo encargado de cuidar a les niños durante el encuentro.

Desde el espacio de las rondas y la articulación entre organizaciones realizamos también encuentros generales para todas las mujeres del MTE, incluyendo las zonas donde todavía no habíamos podido iniciar este trabajo. Algunos de esos encuentros fueron, por ejemplo: una reunión en la plaza central de la ciudad, en el marco del Paro Internacional de Mujeres (8 de marzo); una jornada de encuentro, trabajo y recreación previo al ENM de Chaco; un taller sobre salud sexual y uso de la copita menstrual, y eventos recreativos en distintos momentos del año.

Los temas de los encuentros

Las rondas comparten propósitos y aspectos metodológicos con los círculos de autoconciencia y los de cultura, sobre todo la problematización de la propia experiencia y la transformación de la realidad como objetivo y como estrategia. También la forma en la que se definen los temas a tratar: a partir de indagar y registrar los intereses y necesidades del grupo las coordinadoras proponen ejes de trabajo, dinamizan actividades y talleres, generan disparadores y consignas y garantizan los materiales necesarios.

El feminismo nos ha enseñado que ciertos temas son claves para entender y problematizar nuestras opresiones, y cuando decidimos impulsar las rondas, sabíamos que estos temas iban a surgir de alguna manera: cuerpo, sexualidad, deseo, maternidad, estereotipos y mandatos de género, entre otros. Como muestra el siguiente fragmento de crónica, la conversación se va dando y genera la necesidad de un taller sobre sexualidad que luego sería organizado por la coordinadora.

(...) se dieron conversaciones donde entendí que muchas tomaban pastillas sin saber muy bien cuándo hacer el descanso, sin saber cómo funcionaban. Y espontáneamente les hice un dibujo, de los ovarios, las trompas, el útero, para contarles de qué forma actuaba la pastilla... y caímos en la cuenta que nunca habían visto eso, ese dibujo, que no sabían cómo son por dentro. Y una comentó "algo así me contó mi hija porque lo vio en la escuela"... y de repente salieron historias de partos, de maltrato de los médicos, historias donde el desconocimiento de ellas les generó más miedos que buenas vivencias. La conclusión fue que para el próximo sábado íbamos a tener un taller de sexualidad. (Extracto de crónica 07/05/2017)

En otros casos, los temas están en la agenda pública más que en las personales, pero hay un interés por informarse y discutir sobre eso de lo que todes hablan: así fue con la legalización del aborto durante 2018. Otra posibilidad es que desde la coordinación se proponga un tema que no haya sido demandado o conceptualizado de esa forma por las productoras, como fue el taller de "trayectorias de vida" que solemos hacer en los primeros encuentros, o el taller de niñeces, que propusimos en el marco de las celebraciones por el día del niño. De los temas propios del feminismo, las diversidades sexuales por ejemplo, no fueron abordadas como tema específico en ninguna ronda, pero sí fueron emergiendo con la participación en los Encuentros Nacionales de Mujeres, y hablándose cada vez con mayor naturalidad sobre todo en relación con la sexualidad. Desde que empezamos las rondas, hemos abordado los siguientes temas: Red de mujeres; Trayectorias de vida y migración; Roles y estereotipos de género; Nuestras infancias, cuidados y deseos para nuestros niños; Sexualidad (salud sexual y

reproductiva, educación sexual, deseo y erotismo); Género, trabajo y política; Aborto e interrupción legal del embarazo; Violencias contra las mujeres, tipos de violencias; Encuentros Nacionales de Mujeres; Nuestros sueños; Tiempo libre; Amor (amor romántico, amor eterno, separaciones, auto-amor, amor revolucionario).

Poner las cuerpas

Las rondas son “un tiempo para nosotras”, un espacio en el que buscamos -en palabras de las productoras- “pasarla bien”, “disfrutar”, “compartir”. Además de conversar sobre ciertos temas (con taller o charlas), tratamos de incluir un momento recreativo: nos juntamos a bailar, jugar al fútbol, cocinar y comer juntas, pintar o jugar al bingo.

El ocio, el goce y el disfrute son nuestros derechos y hacernos el tiempo para eso en un contexto hiperdemandante para las mujeres (de triple jornada laboral) fue una pequeña victoria personal y colectiva para las productoras. En ese sentido le fuimos dando cada vez más importancia al cuerpo, y sobre todo al movimiento corporal. En algunas rondas surgió como propuesta o pedido “para no estar tan quietas” y en otras fue el motivo del encuentro, porque la problematización de las desigualdades no es una cuestión exclusivamente “mental”, y porque para hacer escuchar nuestras voces hay que sentirlas y hacerlas salir de todo el cuerpo. Registrar, reconocer y resignificar nuestros propios cuerpos es un desafío y un ejercicio constante ya que además de estar demandadas por el trabajo y la crianza, estamos exigidas por parámetros de belleza hegemónicos y una cultura sexual machista y misógina. Todo funciona de modo relacionado, y mientras los parámetros de belleza nos imponen preocupaciones, inseguridades y consumos, la cultura sexual nos pone a disposición del deseo del hombre, incluso contra nuestra voluntad. Por eso trabajar sobre sexualidad para nosotras es mucho más que conocer los métodos anticonceptivos, y bailar y jugar juntas y entre nosotras es un acto revolucionario.

Todas pusimos y ponemos las cuerpas, la palabra y las emociones, para problematizarnos y para disfrutar. Tanto las coordinadoras como las productoras hablamos de nuestra sexualidad o nuestras infancias y también corremos, bailamos, nos abrazamos. Y hay encuentros en los que compartimos, nada más y nada menos, que el ocio: tomamos mate, caminamos entre los invernaderos, charlamos y miramos a les niñes jugar. Juntas. Y vamos armando la red.

Las dinámicas y los talleres

La palabra “taller” se puede definir de muchas maneras. Para nosotres implica:

- 1) un trabajo grupal y colectivo con ciertos objetivos;
- 2) una elaboración previa (planificar, pensar consignas de trabajo, materiales, etc.) y una evaluación posterior en función de los criterios que se definan, no de los participantes sino de la propuesta;
- 3) un producto final que puede ser material (papelógrafo, texto, pintura, coreografía, etc.), conceptual (un acuerdo colectivo, una propuesta para una asamblea, etc.) o las dos cosas;
- 4) una experiencia reflexiva y vivencial con anclaje en el sentimiento y la acción, intercambio de ideas y trabajo intelectual de abordaje de contradicciones.

Las planificaciones circulan en el equipo de coordinadoras y se implementan en distintas rondas previa adecuación a los procesos grupales; también circulan las crónicas o memorias para poder ver los aspectos a mejorar. Las actividades que planificamos se arman en función de objetivos específicos en relación con el tema de interés, y objetivos más generales, vinculados a la ronda de mujeres como propuesta política.

Un taller que hemos hecho en todas las rondas es el que llamamos “Tejer la red”. Lo hacemos al inicio porque lo consideramos fundante del proceso de construcción feminista en territorio. Consiste en una clásica dinámica de presentación con un ovillo de lana. Una vez que el ovillo pasó por todas las manos, en el centro queda armada una red de lana que de acuerdo con lo que fuimos verbalizando, simboliza la red que apostamos a construir: que nos una y nos encuentre, nos ataje cuando estemos por caer, nos impulse y nos ayude a expresarnos y hablar más fuerte, y nos enseñe a cuidarnos, reírnos, abrazarnos. Entre los aspectos que se trabajan en este encuentro destacamos la confidencialidad -la importancia de preservar lo que se habla entre nosotras- y la potencia que tiene saber que contamos con otras y que esas otras pueden contar con nosotras.

El rol de coordinación: aprendizajes de la experiencia

Como mencionamos, el rol de coordinación de las rondas fue asumido entre militantes de ambas organizaciones. En reuniones quincenales se proponen lineamientos generales y particulares para cada ronda, a partir de un análisis de los distintos grupos y procesos; compartimos y evaluamos planificaciones y recursos y proyectamos actividades o encuentros colectivos entre

las diferentes rondas; y nos formamos colectivamente. Por eso decimos que la coordinación empieza antes (fase pre-activa) del encuentro con las productoras (fase inter-activa) y continúa cuando nos vamos de las quintas (fase pos-activa) (Basabe y Cols, 2007).

En general, todos los talleres inician con un poco de timidez y algunos silencios por parte de las productoras. Los silencios fueron parte de estos procesos; escucharlos, respetarlos y esperarlos fue uno de los primeros aprendizajes, muchas veces calladas, otras reformulando en el momento las preguntas o disparadores. Aprendimos que la clave está en la escucha en un sentido amplio: escuchar las palabras, los cuerpos, los silencios. Otro aprendizaje fue visualizar y explicitar nuestra confianza en las participantes, en su posibilidad de analizar y de crear; explicitar que no juzgamos ni contamos en otros espacios lo que se habla en las rondas.

Para las coordinadoras la metodología de taller conlleva, además de la planificación, las tareas de observación y de registro, así como dar cuenta al grupo de cómo van desarrollándose los procesos propuestos (realimentar el trabajo con propuestas y devoluciones), por eso la insistencia en realizar crónicas o memorias de cada encuentro. También porque la sistematización de nuestras experiencias es una fuente para ampliar, diversificar y profundizar la experiencia y para la formación como coordinadoras, toda vez que la reconstruimos superando lo anecdótico.

Preguntas y reflexiones del camino recorrido

Transitando el tercer año de esta experiencia, con compañeras que participan desde el primer día y muchas que han circulado por el espacio, reflexionamos sobre sus potencialidades, los límites y también los desafíos que se nos presentan. Creemos que para construir feminismo popular la propuesta de las rondas resultó atinada y dio muchos más frutos de los que esperábamos. Pero vale preguntarse si esto es suficiente y por qué.

“¿Qué creés que te aportó participar de las rondas?” preguntamos a las productoras. “Me ayudó para hablar frente a otras personas”, “abrir los ojos, abrir la mente”, “me hice amigas”, “pude decirle cosas a mi marido que no me gustan”, “me animé a hablar cosas con mi hija y ella me enseñó mucho también”, “hago más cosas que me gustan”, “aprendimos un montón de nosotras mismas sobre nosotras mismas”, “entendimos que lo que hacemos nosotras también es política, también es importante para el movimiento”, fueron algunas de sus palabras.

Darse la posibilidad de hablar y negociar determinadas cuestiones al interior de las relaciones familiares y de pareja; ponderar el intercambio intergeneracional y valorar los saberes de sus hijes; asumirse parte de una red de vínculos y amistades; e identificarse a sí mismas como militantes y como feministas son formas concretas del proceso de empoderamiento y autoafirmación de las productoras, es decir del proceso que buscábamos generar. Este proceso –que implica reconocerse a una misma como sujeta activa, con voz y pensamiento propio– se vio por ejemplo, en la voluntad y capacidad de expresarse libremente en las rondas. Los primeros encuentros estuvieron marcados por la timidez y la vergüenza, la idea de que no saben nada o que no tienen nada para contar. En el fluir de las charlas fueron asomando las historias de vida contadas en primera persona, emergieron posicionamientos propios, deseos, propuestas sobre formas de transformar las cosas que no nos gustan, nos parecen injustas o nos hacen sufrir.

Contar la propia experiencia, opinar e intercambiar ideas en un contexto de confianza y solidaridad tuvo su correlato en las asambleas de base: frente a más de 100 o 200 personas, en un ambiente a veces más hostil para intervenir, las mujeres que participaron de las rondas consiguieron hacerse escuchar e inclusive problematizar ante sus compañeros del movimiento las desigualdades de género, respaldadas por la red que construyeron y por la propia autoestima que las rondas contribuyeron a fortalecer. Además pudieron contar su experiencia de vida, de organización política y feminista, y exponer sus posicionamientos en distintos espacios como asambleas de mujeres (2017), paneles sobre feminismo (2018 y 2019), conversatorios sobre mujeres y agricultura familiar (2018) y también en la comisión de género del Primer Foro Agrario Nacional (2019).

Nuestra práctica militante también fue interpelada y son innumerables los aportes que nos hicieron las rondas. Sostuvimos el valor político estratégico de la empatía, y asumimos la escucha, el diálogo y “nos problematizamos todas” como principios de trabajo. Desde ahí y ante las desigualdades políticas, sociales y económicas que se visibilizaban en cada intercambio, la sororidad fue cobrando nuevos sentidos para nosotras: compartir deseos, miedos y frustraciones nos ayudó a deconstruir prejuicios y certezas y sobre todo a evidenciar las opresiones que compartimos. También “abrimos los ojos y la mente” respecto de nosotras mismas como mujeres, como feministas, como trabajadoras y como militantes. Reconocimos la sinuosidad de los caminos del feminismo popular porque no hay una única forma de transitarlos; su carácter espiralado, porque aunque pasamos varias veces por el mismo lugar, siempre aprendemos algo, nunca somos las mismas; y que no se puede enseñar: cada una tuvo que

transitarlo para transformar, de adentro hacia afuera y del “nosotras” a lo más íntimo del yo, todo lo que sentimos que debe ser cambiado.

“Crece la organización”

Desde hace tiempo, las feministas de las organizaciones populares cantan con sus compañeres “Cuando una mujer avanza, ningún hombre retrocede, crece la organización”. En el MTE Rural, la experiencia impulsó algunos cambios, especialmente porque generar un espacio propio para mujeres permitió comenzar a hablar de género, de desigualdad, de feminismo y de derechos de las mujeres. Claro que en todo el proceso tuvimos que atravesar varias dificultades. Una de las primeras fue la convocatoria. Para poder participar, las compañeras tuvieron que negociar al interior de sus familias por la desconfianza (por parte de hombres y de mujeres) en torno a ese tipo de espacios: comentarios como “se juntan para hablar mal de los maridos”, “incentivan a las mujeres a que se separen” o “por qué una tiene que andar contando sus cosas”, complicaron muchas veces la convocatoria. También el clima, las distancias y el hecho de que algunas mujeres dependieran de sus maridos para trasladarse. Otras dificultades tuvieron que ver con la discontinuidad de algunas coordinadoras que por diversos motivos dejaron de participar. En ambos casos, la perseverancia de algunas compañeras y la definición político-estratégica de las dos organizaciones (MTE y Mala Junta) garantizó la posibilidad de sortear tanto las dificultades de la convocatoria –trabajándolo en las asambleas de base cada vez que fue necesario– como del compromiso de las coordinadoras, reorganizando las tareas y responsabilidades.

También hubo logros. Además del crecimiento personal y político de las compañeras, la propuesta de las rondas acompañó una serie de debates y transformaciones con perspectiva de género en el movimiento. Una de las primeras se dio a partir de trabajar la consigna “lo que no se nombra es como que no existe”, para mostrar la desigualdad de género en el lenguaje. Evidenciar la invisibilización de las mujeres en el castellano supuestamente “neutro”, y el uso de lenguaje inclusivo por parte de militantes y referentes de la organización, dio lugar a una práctica de expresión no sexista creciente y sostenida en el tiempo en las asambleas y reuniones de los distintos grupos.

En segundo lugar, se implementó un cupo de género como mecanismo para garantizar la igualdad y la participación de las mujeres en las distintas instancias de representación. Con esto se buscaba alentar a varones y mujeres por igual a ocupar espacios de vocería y de

visibilización pública, y también de funciones asociadas típicamente a las mujeres como la administración, el cuidado y la limpieza.

En tercer lugar, y alcanzando uno de los primeros objetivos de la articulación entre las organizaciones, en 2018 se creó el área de géneros de la rama rural a nivel nacional, con representación mixta e igual jerarquía que cualquier otro área de trabajo. En 2019 se aprobó por unanimidad en el plenario nacional que las personas con actitudes violentas o con denuncias por violencia de género no podrían ocupar cargos de responsabilidad en la organización, y se está trabajando en el diseño e implementación de un protocolo de actuación frente a estos casos.

Estos cambios impactaron en todo el movimiento (no sólo en las rondas), posibilitando que cada vez más compañeras recurrieran a sus referentes para contar y denunciar casos de violencia y de abuso intrafamiliar. El acompañamiento a mujeres en situación de violencia requiere un trabajo emocional, económico y jurídico y es uno de los desafíos más importantes que asumimos a partir de las rondas. La violencia es un tema tabú en la comunidad: todas las mujeres expresan haber sufrido o conocer a alguien cercana que sufre o ha sufrido violencia por parte de su pareja, pero los mandatos de buena madre y buena esposa, la idea de las relaciones de pareja como algo meramente privado, sumadas a la soledad de la vida en el campo, alimentan el círculo que la perpetúa. Las redes de mujeres y la visibilización de la violencia como producto de la sociedad machista y patriarcal, permitieron comenzar a problematizarla y enfrentarla individual y colectivamente.

Finalmente, otro desafío que se presentó a la organización tuvo que ver con reconocer y generar espacios para otros dos que emergieron con voz propia: las chicas jóvenes y les niñes. En el primer caso, las jóvenes participaron de algunas rondas, imprimiendo nuevos sentidos al espacio y generando preguntas movilizantes para sus mamás y todas las compañeras: temas de la agenda del feminismo fueron convidados desde sus posicionamientos e inquietudes, como la legalización del aborto e identidades disidentes; y también temas sensibles para algunas mujeres, como maternidad deseada y paternidad ausente. Así, la experiencia de las rondas también acompañó -con más limitaciones que resultados- la conformación de un espacio de jóvenes del movimiento, conteniendo y formando desde el feminismo popular a algunas participantes. Les niñes, por su parte, representan todavía una tarea pendiente. Se hicieron escuchar desde el primer día, demandando iniciativas específicas para que sus mamás pudieran participar de las rondas sin tener que pensar en su cuidado. Estas iniciativas fueron cubiertas por compañeros varones en un principio y luego por las mismas coordinadoras de las rondas,

que llevamos materiales y juguetes para armar un rincón para ellos. Decimos que es una tarea pendiente porque si bien hicimos algunas actividades organizadas en torno a objetivos específicos dentro de la propuesta general de las rondas, no logramos implementar una política propia desde el feminismo popular para los niños.

¿Alcanza con las rondas?

Fortalecer las redes de solidaridad en el territorio para asistirse en situaciones de violencia de género y ayudarse mutuamente cuando lo necesiten; desnaturalizar las prácticas patriarcales en el movimiento, el hogar, la producción, la sociedad; y ser muchas compañeras participando en los Encuentros Nacionales de Mujeres fueron nuestros objetivos iniciales. Si bien los fuimos alcanzando, sabemos que se puede profundizar y extender mucho más; y con los aprendizajes y el camino recorrido también nos planteamos nuevas metas, como la autogestión de las rondas (que las productoras impulsen y coordinen actividades); y el cuidado colectivo de las referentes frente a la triple jornada de trabajo y las necesidades de la organización.

Sin embargo, esas metas y objetivos lejos de ser fines en sí mismos, son parte de un proyecto de feminismo popular en construcción que creemos no se agota con esta experiencia. El riesgo de caer en las limitaciones de la “auto-conciencia” de las opresiones estuvo siempre latente y sólo desde su inserción en un proyecto colectivo más amplio pudimos mantener el horizonte estratégico. Entendemos que el feminismo popular tiene que ver con la construcción de poder popular desde una perspectiva feminista, o con la construcción de poder feminista desde una perspectiva popular. El horizonte es la igualdad en todos los planos: de géneros, política, social, económica. Generar vínculos basados en el respeto y cuidado a los otros es a la vez estrategia y bandera para dar lugar a otras formas de “lo común”, lo que conlleva entre otras cosas, relacionarnos con el Estado y las distintas instituciones que organizan el espacio público. Disputamos, resignificamos, creamos y nos apropiamos organizados colectivamente de las distintas herramientas que estas instituciones tienen para garantizar nuestros derechos como mujeres y como pueblo.

Referencias bibliográficas

- Ambort, M. E. (2019). *Género, trabajo y migración en la agricultura familiar. Análisis de las trayectorias familiares, laborales y migratorias de mujeres agricultoras en el cinturón hortícola de La Plata (1990-2019)* (tesis de maestría, FLACSO).
<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/library?a=d&c=tesis&d=Jte1766>
- Basabe, L., y Cols, E. (2007). La Enseñanza. En A. Camilloni (comp.), *El Saber Didáctico* (pp. 125-158). Buenos Aires: Paidós.
- Biaggi, C., Canevari, C., y Tasso, A. (2007). *Mujeres que trabajan la tierra: un estudio sobre las mujeres rurales en la Argentina*. Buenos Aires: Secretaría de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentos (SAGPYA), Dirección de Desarrollo Agropecuario, PROINDER.
- Carreño, M. (2009). Teoría y práctica de una educación liberadora: el pensamiento pedagógico de Paulo Freire. *Cuestiones pedagógicas*, 20, 195-214.
https://institucional.us.es/revistas/cuestiones/20/art_10.pdf
- Condenanza, L., Cabral, C., y Broggi, D. (2019). *Territorios Feministas. Experiencias, diálogos y debates desde el feminismo popular*. Buenos Aires: Batalla de Ideas.
- Di Marco, G. (2010). Los movimientos de mujeres en la Argentina y la emergencia del pueblo feminista. *La Aljaba. Segunda época. Revista de Estudios de la Mujer*, XIV, 51-67.
<http://www.biblioteca.unlpam.edu.ar/pubpdf/aljaba/v14a03dimarco.pdf>
- Freire, P. (1992). *Pedagogía de la Esperanza*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Freire, P. (1975). *Pedagogía del Oprimido*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- García, M. (2015). Horticultura de La Plata (Buenos Aires). Modelo productivo irracionalmente exitoso. *Revista de la Facultad de Agronomía*, 114(3), 190-201.
<http://revista.agro.unlp.edu.ar/index.php/revagro/article/view/289>
- Korol, C. (2016). Feminismos populares. Las brujas necesarias en los tiempos de cólera. *Revista Nueva Sociedad*, (265), 142-152.
- Malo, M. (2004). *Nociones comunes. Experiencias y ensayos entre investigación y militancia*. Madrid: Traficantes de sueños.
<https://www.traficantes.net/sites/default/files/pdfs/Nociones%20comunes-TdS.pdf>

confluenciadesaberesface@gmail.com